



ROQUE GOYA

Se Quebró el Cielo

EDICIONES



FILACTERIA

Colección
Narrativa / Ciencia Ficción



@Roque Goya
@Se Quebró el Cielo

Primera edición de 300 ejemplares septiembre 2022

Editor de colección: Rodrigo Peralta
Diagramación: Ediciones Filacteria
Diseño y arte: Debora Tello
Ilustraciones de interior: Paulina Mora Bolomey

Reg. Prop. Int. N°: 2022-A-2680
ISBN: 978-956-9896-50-7
E-mail: contacto@edicionesfilacteria.cl
Web: www.edicionesfilacteria.cl
[www.facebook.com/Ediciones Filacteria](https://www.facebook.com/EdicionesFilacteria)
www.instagram.com/edicionesfilacteria/
Contacto del autor: roquegoya.gestion@gmail.com
Instagram: @roque_goya
Instagram ilustradora: @comolafruta

Ediciones Filacteria SpA / Talca / Valdivia / Chile

“La muerte, excelencia, es un fenómeno tan absoluto e irrevocable, que ciertamente debe haber alguna otra alternativa.”

Isaac Asimov

I.

Era una mañana de bruma, luminosa y cálida, aunque a aquel dormitorio sombrío no entraba ni el más remoto rayo de luz. Como todos los días, eran los recuerdos de otros tiempos los que despertaban a Francisco a tempranas horas, dejándolo sin otra ocupación que mirar a la misma pared y observar las mismas fotografías de siempre. A esas horas, el mundo allá afuera aún no comenzaba su orquesta ruidosa y frenética, y solo se sentía el silencio y letargo de un amanecer común y corriente en el viejo puerto. Su hogar era pequeño, como diseñado para uno y, aunque había un intento de segundo dormitorio, hace varios años que aquel espacio cumplía la función de bodega.

Como todos los días, su rutina comenzaba con un café, un noticiero madrugador y un cigarro enrollado a la rápida. Ya no tenía mucho que hacer; no desde que sus motivaciones e impulsos creativos habían sucumbido ante la realidad del día a día. Francisco vivía atrapado en un estado de agonizante quietud, como detenido en el tiempo y sus ganas de vivir yacían ocultas en lo profundo de su mente. Era, a pesar de su constante negación, un prisionero de sus recuerdos y de sus vidas y glorias pasadas.

Afuera, poco a poco la bruma daba espacio a los tímidos rayos del sol matutino, mientras el noticiero transitaba en intervalos de coloridos comerciales a su show estelar mañanero. Quizás, si Francisco hubiese sido una señora de edad, casada con un importante ejecutivo y con tres hijos a cuestas, hubiese acompañado el matinal con un abanico de labores hogareñas que realizar, sin embargo, no lo era. Francisco era soltero, bordeaba los treinta, no tenía hijos, ni amor formal ni tareas hogareñas y, a falta de labores y acompañantes, enrollar un tabaco era un acto liberador y fumarlo, el eclipse final de la epifanía descolorida que era su vida en la actualidad, luego de los acontecimientos pasados hace cinco años cuando todo realmente había cambiado para él.

En ese trance mental pasaba las primeras horas del día, esperando que el mundo despertara del todo, esperando ser parte imaginaria y obligada de aquel mundo extraño y extravagante que se negaba a desaparecer. Francisco tenía un nombre, un número telefónico y una dirección, era parte del mundo, pero el mundo no era parte de él. A veces, recibía un llamado telefónico de alguna compañía buscando clientes, otras veces, era alguna notificación comunitaria o una que otra cuenta rezagada. Quizás,

algún llamado de amigos melancólicos o uno que otro contacto con familiares lejanos. Su contacto social se limitaba a verse con Pedro, ir al Bar del Polo, caminar por la costanera, conocer a alguien nuevo o simplemente reconocer a personas pasadas. Francisco era parte del mundo en todo lo que eso significaba, menos para vivir en él. Un adulto joven común y corriente, según el mundo.

Aquel día no fue la excepción y, cuando el último escándalo farandulero puso punto final al deprimente matinal, llegaron directo a su puerta los atisbos de un mundo obsoleto que se rehuía firmemente a darse por vencido. Esta vez, era la carta que le avisaba el día de reunión vecinal, junto a la multa por inasistencia marcada con lápiz rojo. Ya acumulaba una cifra abultada que jamás le cobrarían. Cada vez que llegaban cartas vecinales, Francisco, inevitablemente, recordaba a Luz, su primer fracaso: *“Hay que ir, Francisco, las cosas no se arreglan solas”*, solía decirle hasta el cansancio. Él nunca fue, como nunca hizo nada de lo que Luz le dijo, hasta que esta se cansó y no dijo nada más.

Francisco tenía una hermana más joven que él y, sin duda, más agraciada. Rosario, luminosa tan solo como ella misma. Habían sido muy unidos desde siempre y generalmente era Rosario quien lo sacaba de sus pensamientos y lo llevaba a olvidar sus fracasos. Solían ir al parque a tomar mate, fumar y conversar de temas banales, sencillos y mundanos. Nada controversial o muy bullado. Ella se casó con Enio, un empresario que trabajaba con plásticos y vivía hace tres años en el Distrito Industrial. A veces, ella lo llamaba preocupada y resignada a tener que apoyar a su hermano problemático, sin embargo, como todo acto repetitivo que no obtiene respuesta ni genera cadencia alguna, la recurrencia de aquellos llamados había bajado a tal punto que ahora hablaban una vez al mes; hablaban a veces.

Llevaba muerto en vida más tiempo del que podía recordar, lo sabía y reía con alevosía cada vez que comparaba su estado mental con el de aquellos personajes irreverentes de las tiras cómicas que tanto leía cuando era un niño. Sus favoritas eran las historietas de zombies; absurdos cuerpos inertes deambulando en busca de algún atisbo de calor, de algún estímulo que devolviera a sus existencias algo del color de la vida.

Había fracasado en su intento de adaptarse a la normalidad. Isabel, su mayor esfuerzo, su sueño de buenaventura y familia, había sido

otra caída libre directa al vacío. ¡Qué insanas y dementes eran las almas soñadoras de los artistas nacidos en mala época! Aquellos que no pudieron gozar del privilegio de la cordura y el arte correspondido por su tiempo histórico... Capitalismo Tardío le llamaban ahora. Tardío. Había fracasado en todo, Luz, Isabel, Francisco. Recordaba aquellos eternos *entonces* constantemente, como un camaleón solitario habitante de una isla vestida de azul, verde, rojo y marrón, solía disfrazarse de poeta, músico, sabio, erudito, revolucionario, amante, libertario y juez. Solía cambiar tan rápido como el aleteo del picaflor, mutar de piel en piel. Recordaba aquellos *entonces* donde todo era asombroso, donde cada emoción era un universo misterioso de infinitas y coloridas posibilidades. Años pasados, vidas vividas, años venideros, la vida con su andar cíclico, perfecto e imperecedero, lo había llevado de la gloria a la austeridad, del aplauso al silencio, de las luces al anonimato. Como el bailar de una hoja otoñal, media desecha y melancólica, él había vivido mil vidas, eternos tiempos, cientos de épocas en tan solo una vida; la suya, la real, la moderna.

Fue lobo y águila, hormiga rebelde y abeja reina, simio y caballo, fue Arte y Poesía, Ciencia y Racionalidad. ¿Cómo ser cuando sólo se ha sido? ¿Cómo ver el hoy cuando el ayer parecía tan colorido?

—¡Francisco! ¡Hombre, llevo rato tocando! ¿Abres o qué?

«Pedro... ¿Ya eran las seis?»

—Al fin... Ya, prende el Smart TV, el *Portuarios* gana hoy.

Pedro era su mejor amigo desde hace cinco años, vivía a un par de cuadras de su edificio y generalmente se veían en las tardes o durante los fines de semana. Esta vez no fue la excepción, sobre todo si jugaba el *Portuarios*, por lo que tocaba juntarse más temprano de lo normal. Francisco vivía en un pequeño departamentito que arrendaba en el segundo piso de un edificio antiguo, ubicado cerca de la costanera; un lugar bastante tranquilo y agradable, al menos lo suficientemente agradable dentro de ese puerto roído.

Bajó las escaleras del edificio lentamente, mirando hacia la playa a través de los ventanales mientras jugaba con las llaves dentro de su bolsillo. Justo afuera de la pequeña reja que separaba al edificio de la calle, estaba parado Pedro, con una sonrisa pícaro y entusiasmada en el rostro y una lata de cerveza a medio tomar en su mano izquierda.

—Qué Smart TV hueón... Vamos al bar —le dijo abriendo la reja de entrada.

—Si hubieses publicado alguna vez como te dije, ya tendrías más que un Smart.

—¿Y quién hubiese leído, Pedro? ¿Tú? Lo dudo.

Las calles de aquel cerro otoñal, coronado de nubes y matices, lucían grises y gastadas, recorridas por tantos pasos y humedecidas por tantas lloviznas. Lucían grises y sombrías. El Bar del Polo era una casona antigua de un solo piso, media carcomida por los bichos y un tanto mal oliente, de techos altos y generosa luz. Tenía un buen bar y unas cuantas mesas, un televisor colgando de una pared repleta de bufandas, banderines y fotografías de antiguas glorias y, lo mejor, un tocadiscos roído de made-rita roja y papel tapiz carmesí. Un lujo, como decía Pedro. El Polo, ¿cómo describirlo? Era un sujeto bonachón, de amplias caderas, robusta espalda y prominente mentón, lerdo como un buey y duro como un roble. De buen humor, medio resignado a reír por no llorar y, sobre todo, fanático del *Portuarios*, el equipo local de aquel puerto sureño.

Al llegar al Bar y avanzar hacia la barra, don Polo los recibió con una sonrisa sincera pero exagerada, como sabiendo que en cualquier momento Pedrito y Panchito, como les decía él, entrarían por el umbral de la puerta.

—Panchito pue... ¿Qué va a querer?

—Lo de siempre no más, don Polo.

—¿Y pal' Pedrito?

—Usted sabe, algo bien fuerte. ¡Y sin hielo, Polito! Oiga, ¿cómo juega el *Portuarios*?

—Carrasco y Gómez por las bandas, el *Chico* Soto en el medio y el Palmero de 9. El resto, todo igual.

—Voy al baño. —Francisco tomó un sorbo de cerveza y se levantó del taburete—. No te tomes todo antes que salga.

Ya la gente empezaba a reunirse en torno al ritual de media semana, mostrando todo el jolgorio y la irreverencia de un jueves por la tarde.

Las mesas se llenaban y la muchedumbre de puerto colmaba los pasillos del estrecho salón. Todo era verde, de un verde musgoso, oscuro y opaco. El baño era medio colonial, antiguo, con baldosas por doquier, espejos ovalados grandes y un lavamanos de cobre. Siempre que iba a ese baño recordaba a Alyssa, su Alyssa. La mesita que siempre ocupaban cuando aún estudiaban en la Facultad de Humanidades y Arte quedaba justo a la salida de aquel baño. Escogían aquella mesa ya que estaba alejada de la entrada, justo tapada por la muchedumbre, que, generalmente, se aglomeraba en el salón principal. Alyssa siempre se estaba escondiendo de alguien; de algún novio anticuado, de alguna amiga celosa, de sus padres, de Martín... A veces, cuando ya habían tomado de más y poco importaban los problemas del mundo exterior, se encerraban en ese baño y podían quererse sin temores ni limitaciones.

Alyssa estaba loca, loca como una lluvia invernal, loca de tanto vivir. En aquel baño siempre asomaba su rostro y, de cuando en vez, Francisco extrañaba su expresión infinita. Unos cuantos años atrás ya un tanto olvidados, había bebido de su savia hasta saciarse y aquel sabor infernal penaba sus días, noches y recuerdos. Cuando ya no quedaban amigos a quienes acudir, cuando ya no había bares que visitar ni noches que recorrer, Alyssa aparecía en su mente, en su estómago, en su torso desnudo y su sexo, en su delirio fugaz. Le había perdido el rastro hace ya cinco años luego de aquel fatídico evento del que nunca hablaba y ya no podía distinguir entre su aroma a vino y tabaco y el hedor de las baldosas húmedas de aquel baño porteño. Alyssa estaba loca y parte de esa locura se había impregnado en su ser para siempre.

Entre Alyssa y su estado actual habían pasado, tales musas esclavas y danzantes, decenas de ensoñaciones, putas, amigas compañeras, madres... Habían pasado cinco enteros y largos años. ¿Cómo era él en aquel entonces? Imposible recordarlo... ¿Cómo era ella hoy? Quizás una locura. Tantas veces visitó aquel baño solo para verla otra vez, creyendo que, tal vez, a ella también le penaban aquellos hermosos años juntos. Nunca apareció, nunca más la vio en ese baño. «¿Su vida sería tan lastimera como la mía?», solía preguntarse en su embriaguez, y seguro que no, más seguro era que su hermosa locura se hubiese apagado. La de él era inmortal y lo había hecho vivir constantemente entre la melancolía y la indiferencia.

Entre fracasos y sombras a veces recordaba sus éxitos, pequeños e irreverentes para el mundo del ahora, imponentes y mágicos para el

mundo anterior. “*Todo tiempo pasado fue mejor*”, decían los intelectuales, “*mañana es mejor*”, decía el *flaco*. Otros decían que el presente era el tiempo predilecto, con su tecnología multicolor, sus androides y drones, el humano había conquistado el mito, lo había replicado y vendido, capitalizado. Y si bien, Francisco se alimentaba gracias a su capacidad para parecer alguien “*experto en humanos*”, como le decían sus cercanos, la verdad es que los odiaba, se odiaba, aborrecía aquella capacidad mal gastada, aquel milagro fracasado.

La jornada de aquel día había sido larga, entre humos sofocantes, un poco de agua, humedad por doquier y gritos eufóricos y efímeros... Larga. Las dos horas del partido semanal se le habían hecho eternas esta vez y, ya que andaba un tanto perdido ese día, don Polo se lo había hecho notar, suspicazmente. El viejo estaba mirándolo con atención, con un cigarro medio mordido y babeado, y con el codo en la barra... “*empinándolo*”, como decía él.

—Hoy día parece que no vino, Panchito...

—¿Cómo? Claro que vine —sonó incómodo y molesto.

—Sí, vino, pero no vino... ¿Me entiende? —Don Polo le dio una mirada interrogante.

—Anoche dormí mal, nada más.

La verdad es que le molestaba ese sentido misterioso de los viejos nacidos en la época antes de la digitalización. Los encontraba extraños, metiches, con aires de sabiduría que en la actualidad ya no eran comunes. A veces, pensaba en eso y en la época de los viejos como el Polo, doña Tere y como su abuelo, cuando no había Google, ni teléfonos de respuesta rápida, ni nada muy digital. En ese tiempo realmente los viejos sabían cosas inverosímiles, tenían refranes, dichos, respuestas para misterios de revistas de puzzles y, si no lo sabían, contaban tan bien el relato que los oyentes terminaban por creerlo. Eran algo así como un YouTube de carne y hueso. Quizás, por eso tenían siempre ese aire de sabiduría chabacana, de misterio de esquina.

El Polo era el peor de todos, más que mal, tenía un bar en pleno puerto con su nombre en la entrada, y el viejo había estado toda su vida detrás de esa barra. Primero como copero, después como barman, hoy

como dueño. Historias tenía miles, más de la mitad inventadas, una que otra real, aunque siempre con algo de cosecha propia... Definitivamente, entre los sabios de esquina, el Polo era el peor.

—Ya, Fran, ¿nos vamos? Mi hermano invitó a una fiesta de su trabajo. El cabro chico lleva dos meses en la pega nueva y dicen que le toca pagar piso. —Pedro acabó de un sorbo todo el whisky que quedaba en su vaso—. ¿Vas? Según el Cami, las colegas prometen.

—La última vez que vi, te estaban esperando en la casa. —Francisco sonrió incrédulo—. ¿La Marcela también va?

—Serás huevón. —Pedro se levantó del taburete, molesto—. Ya, nos vemos. Ándate a la casa, ya luego se pone a llover.

Pedro no cambiaba nada, era como un perro viejo y guatón que ladraba harto, pero al mínimo esfuerzo siempre terminaba por quedarse sin hacer nada, perezoso. Pedro era gritón, pero jamás concretaba nada de lo que se proponía. La verdad, era feliz con su familia y aunque no se lo creyera, jamás le sería infiel a su Marcela.

Era lindo recordar cuando él también tenía su algo, alguien a quien ir a buscar a la Facultad, alguien con quien mirar el techo por las noches al lado de una copa de vino, alguien con quien reír entre medio de las exposiciones aburridas de los viejos vinagres de la universidad, tener a alguien con quien sentir vergüenza de los amigos, alguien que dijera: "*Son simpáticos, no seas amargado*". Alyssa, siempre llegaba a ella, ya que recordar era mejor que pensar en el presente.

La caminata a casa fue rutinaria. Melancólica, como todas sus caminatas, rutinaria, como todas las calles que lo separaban del Bar del Polo. A la derecha, se veía a un viejo ebrio y triste vociferar un himno antiguo, a la izquierda, un basurero tirado con una botella rota y un par de colillas humedecidas, al frente, las luces desgastadas y opacas de aquel puerto pobre y mágico y, arriba, la noche dando paso a un cielo oscuro e infinito. Llegó a su edificio esquinado de siempre, saludó al portero de siempre, acarició al perro de siempre, le sonrió a la prostituta de siempre... Todo en su calle era lo de siempre. Así, abrió su puerta como siempre, dejó caer las llaves de forma estrepitosa en la mesita de entrada, acomodó la chaqueta mal colgada y de pasada recordó los retos de Luz: "*Se ve horrible, Francis-*

co... *Deja la chaqueta en la pieza*". Ahora le daba risa, antes lo emputecía. En eso, sonó el teléfono.

Sonó fuerte y rimbombante, sonó diferente, sonó alegre y estridente, como si tras ese ruido hubiese algo especial esperando por acontecer. Contestó ansioso.

—¿Don Francisco Urzúa?

—Sí, el mismo... Gracias por el don.

—No cuelgue por favor, le hablarán —le dijo una voz rutinaria mientras sonaba de fondo una musiquita típica.

A los dos minutos, la música se silenció.

— ¿Fran?

«*Ese acento, ese tono*».

—¿Alyssa?

—Fran. No cuelgues...

«*¿Cómo colgarle a ella?*»

—Dime, ¿estás bien?

—Fran... Necesito verte, me enteré de algo. No creo que nadie más entienda.

—Han pasado unos años... ¿Sigues aquí? —Francisco sonó ansioso y acelerado.

—Fran... Escúchame, necesito verte.

Necesito y verte no eran palabras propias de alguna frase que ella pudiese elaborar. Así como tormenta y calor no iban de la mano, esas palabras no mostraban lógica alguna, menos al ser pronunciadas por Alyssa.

—Sigo aquí Alyssa, en el mismo lugar donde me dejaste —dijo con su voz apagada.

—Fran, no hay tiempo para tener esa conversación ahora. Mañana a las nueve de la tarde estaré donde el Polo. Avísale antes, de esto no se puede enterar nadie.

—Me estás preocupando... ¿Qué pasa? —Escuchó como Alyssa reía del otro lado del teléfono.

—Tú no te preocupas, ridículo. Ármalo. Mañana a las nueve. —
Hubo un pequeño silencio—. Ha pasado un tiempo, me hiciste falta.

Y así, Alyssa colgó sin decir nada más. Mucho tiempo había pasado desde que no ocurrían tantas cosas irreverentes juntas; hacerle falta a Alyssa, conocer una necesidad de aquel ser desarraigado, un ruido telefónico que transportara algo especial. Sin duda alguna, algo le había pasado a Alyssa, algo que no podía hablar con nadie más. Se sintió un tanto especial, se sintió único por un momento. Rápidamente, dejó ir aquella emoción ególatra. ¿Debía decirle a Pedro? No. Mejor ir directo al bar.

II.

La bruma, la ansiedad, un calor inexplicable, Alyssa. Esta vez caminó a paso acelerado, no observó nada a su alrededor, solo avanzó y avanzó sin pensar. Sentía una extraña emoción infantil, un absurdo recuerdo de vidas pasadas y tiempos ajetreados revolvía sus pensamientos, era como volver a empezar. Alyssa. El Polo le había dicho que no podía cerrar el bar, la ronda final del torneo nacional tenía al *Portuarios* en las semis, y se iba a llenar. Tendrían que verse en la mesita de la esquina, esa misma mesa en donde se escondían en los tiempos universitarios, la roída mesa en donde Alyssa se reía de sus promesas de amor mientras se ocultaba del novio de turno. Entró al bar casi corriendo, ya entregado por completo al nerviosismo y la exaltación; se sentía tonto, tal cual cinco años atrás.

—Panchito, la bonita llegó antes. Ya lo espera.

—Gracias, don Polo. Dígame... ¿Cómo la vio? —Francisco tenía una expresión de ansiedad y profunda pena.

Don Polo le dio un par de palmadas en el pecho, animándolo. —Hermosa, sana, nerviosa... Tranquilo niño, está todo bien. Me avisa para llevarle la botella de vino que tomaban siempre. —El viejo le guiñó un ojo y le dio un empujoncito, como diciéndole que fuera a sentarse.

Francisco caminó lentamente a través del salón, disminuyendo la velocidad a medida que se acercaba al baño. Ese trayecto le pareció eterno, mientras los recuerdos inundaban su mente y las emociones apretaban su pecho, casi cortándole la respiración. Al adentrarse hacia la parte trasera del bar, encontró a Alyssa sentada en la mesita de la esquina; la que estaba junto al baño. Llevaba el cabello tomado y dos mechones rizados le caían por los lados mientras fumaba un tabaco enrollado, sin filtro. Se sentó frente a ella sin hablar, atónito, exaltado y sintiendo un profundo temor.

—Fran... Viniste. —Alyssa sonreía tímidamente, sonreía con la mirada.

Además de unas ojeras casi imperceptibles y un par de grietas en sus mejillas, estaba igual. Hermosa... Loca y hermosa.

—Claro que vine. Ha pasado mucho tiempo... ¿Cómo estás? ¿Qué pasó? ¿Por qué llamaste ahora, Alyssa?

Ella le tomó la cara tiernamente, como haciéndolo callar. —Déjame mirarte antes. Sigues triste...

Francisco dio un profundo suspiro y encendió un tabaco. —Te lo dije, Ali, aquí todo sigue igual.

—No todo, Fran. Pasó algo, pero no te lo puedo decir aquí. ¿Vives donde mismo? Vamos a tu casa. —Francisco la notó nerviosa y alterada.

—Pero había reservado una bote... —Alyssa lo interrumpió antes que pudiera terminar la frase.

—Fran. Vamos a tu casa. No puedo estar aquí tanto tiempo.

Ella se levantó abruptamente y se colgó su cartera verde en el hombro, apagando el tabaco directamente en la mesa. Sin mirarlo ni decir palabra alguna, caminó rápidamente hacia la barra y se apoyó en el mesón, mirando a don Polo. Francisco la siguió de forma automática, como siempre lo hacía. En eso, don Polo dejó de secar una copa grande que tenía en la mano y se la puso frente a Alyssa, dejándole una botella de vino al lado.

—No podré quedarme, Polito... Aunque me encantaría poder hablar más tiempo con usted, como antes. —Alyssa se veía triste.

—No se preocupe, mi niña... La botella es para que se la lleve, y la copa quedará ahí mismo, esperándola para cuando venga nuevamente a llenarla, como antes.

Alyssa dio un suspiro y le cayeron un par de lágrimas por la mejilla. —No sé si eso vaya a pasar, don Polo.

El viejo le secó las lágrimas con un pañuelo de seda que siempre traía en el bolsillo de su camisa. Al ver eso, Francisco sonrió y recordó todas las veces que don Polo le había dicho que siempre había que tener un pañuelo de seda: *"Para secar los dolores de las mujeres quebradas"*. Sin duda, era de otra época, todo un sabio de esquina.

—No llore, bonita, que se le escurre la alegría. Váyase con el Panchito pa' la casa, se toma la botella que le guardé, y va a ver como todos los problemas se le van a hacer pequeñitos. —Don Polo le peinó un mechón y, sin decir nada más, le guiñó el ojo.

—Lo voy a extrañar, Polito. Gracias. —Alyssa se levantó del taburete y se dispuso a salir del salón.

Antes de que se fueran, el viejo se acercó a Francisco y lo miró serio. —Pancho, me la cuida.

—Como siempre, don Polo, como siempre...

Salieron del bar con más incertidumbre que alegría y Francisco sintió que, si bien, la escena ya le era conocida, las emociones eran completamente nuevas y extrañas para él. No recordaba la última vez que habían recorrido juntos las calles de la avenida sintiéndose nerviosos y tristes. Ella caminaba apurada, mirando de reojo en cada esquina, observando cada calle como si buscara algo, como si escapara. Él intentaba llevarle el paso, trastabillando y trotando a ratos... Era una marcha un tanto acelerada. La noche seguía siendo típica, a pesar de que los personajes del cuadro no llenaban esos espacios hace mucho tiempo. Hace cinco años atrás habían recorrido esa calle juntos, en ese entonces calmados, risueños y frescos, y aquellos recuerdos estaban muy escondidos y perdidos en lo profundo de su mente a esas alturas.

Al llegar al edificio donde vivía Francisco, subieron rápidamente las escaleras y entraron de golpe al departamento, sin detenerse a nada, solo avanzando. Francisco colgó la chaqueta tras la puerta y Alyssa se sentó en el sillón marrón. Él sirvió dos copas con el vino que Alyssa había dejado en la mesita de la sala de estar antes de sentarse.

—Fran, primero debemos hablar, luego veremos si podemos tomarnos el vino o no.

—¿Por qué no podríamos? Al parecer, han sido cinco años ajetreteados.

—Ni te lo imaginas. —Alyssa sacó un tabaco armado de su cartera verde y lo prendió sin preguntar, suponiendo que todo seguía igual.

Francisco se sentó al lado de ella, en el sillón. —Bueno... Aquí estamos, en mi casa. ¿Qué pasa?

—No sé ni cómo empezar, —dijo mientras fumaba su tabaco—, al principio era un rumor, algunos lo mencionaban en las juntas, a veces se leía uno que otro reporte en internet, nada serio, nada tan real. Hasta

ayer. Me enteré minutos antes de llamarte, fue lo primero que hice, y ahora estoy aquí.

Alyssa fumaba rápidamente, tratando de manejar la ansiedad y el temblor en sus manos. Mientras hablaba, miraba de vez en cuando hacia la puerta y la ventana, buscando algo.

—¿De qué hablas, Alyssa? Sigo sin entenderte.

—Estos años viví en distintos lugares, Fran. Como sabes, solo quería salir de este puerto deprimente. Al principio estuve en el Distrito Federal, allí conocí a Marco, un ejecutivo de finanzas del Departamento de Gobierno. Lo conocí en un bar, nada especial ni nuevo, solo otro amigo. Hemos sido amigos desde entonces, yo viajé por aquí y por allá, vendiendo mis cuadros, él se quedó en su trabajo, en su vida común.

Francisco buscó cambiar el tema. —¿Seguiste pintando? ¿Qué tal va eso?

Alyssa lo miró molesta por la interrupción. —Bien. Sirvió para entenderme, para entender... Y también para mantenerme viviendo tranquila.

—Bueno, —dijo Francisco de forma impaciente—, ¿viniste hasta aquí solo para hablarme de tu nuevo amigo? Sabes que ya perdí la cuenta. —Todavía le molestaba la forma liberal y desarraigada de amar que tenía Alyssa.

Ella volvió a sonreír con la mirada, algo en esa frase parecía transportarla al pasado. Cabizbaja, prendió otro tabaco.

—Me imagino que a ti mal no te ha ido tampoco... En fin, volví al Distrito Federal hace una semana, llamé a Marco y nos juntamos en el bar que frecuentábamos siempre. Luego de un par de copas, me lo contó todo.

—Ese tal Marco aparece en tu historia más de lo que me gustaría... —Francisco se levantó del sillón para servirse otra copa. Antes, tomó un vaso de agua y enroló un tabaco.

—Marco lo escuchó en el baño, —siguió Alyssa, ignorando el comentario suspicaz de Francisco—, era una conversación entre el jefe del Departamento y un hombre viejo, asesor del Ministerio de Defensa. Dicen que algo abrupto está a punto de pasar, ellos están preparados y, al parecer, todos los funcionarios del gobierno deben adecuarse a las nuevas

reglas. Marco estaba agitado e intranquilo cuando me lo contó. Dijo que no podríamos vernos de nuevo durante esta semana.

—¿Qué va a pasar?

—Me dijo que me fuera a descansar una semana y que luego volviera a buscarlo a su departamento, en el Distrito Federal. Me dijo que aprovechara el tiempo, porque luego ya nada sería igual. Me habló de un protocolo y otras cosas que tendrían que activarse, y que él me incluiría... Dicen que se va a quebrar el cielo, Francisco, y ellos se van a ir... Ya lo tienen todo preparado.

Luego de un silencio incómodo, Francisco explotó en una carcajada que lo hizo atragantarse con el vino. Entre lágrimas y risas, dejó la copa en la mesita frente al sillón y se limpió la cara.

—¿Me estás diciendo que viniste hasta aquí solo para decirme que se va a quebrar el cielo? ¿Es uno de tus juegos? Ya estamos pasados de edad para seguir en eso.

Alyssa lo empujó molesta. —No seas imbécil... No estoy jugando. Si te vine a decir a ti antes que a nadie es porque en realidad eres el único que me importa en este maldito país—. Apagó el tabaco en el cenicero, un tanto enrabiada.

—Muy bien... Te seguiré el juego, sólo por los viejos tiempos. Entonces, se va a quebrar el cielo, ¿después qué? ¿Lluvia de meteoritos? ¿Catástrofe y mundo post apocalíptico? ¿Qué quieres hacer? ¿La última noche de amor antes del fin del mundo? —Francisco sonrió irónicamente.

Alyssa lo miró fijamente, molesta y enternecida a la vez. Recorrió sus ojos, sus mejillas, su nariz desgastada, la barba a mal cuidar, los lunares. Todo estaba allí, incluso su ironía y cansancio. Todo seguía sencillamente igual.

—No hay caso. Eres el mismo niño de siempre. —Fue al baño.

Mientras la esperaba, Francisco pensó que esto era una ridiculez típica de Alyssa. Cada vez que se empezaba a aburrir de la rutina o simplemente se cansaba de su adultez, inventaba alguna historia, obligándolos a todos a ser parte de sus juegos. Era una manía que arrastraba desde el colegio; inventar historias y hacer que sus amigos participaran de ellas. A

veces, eran historias de aventura o terror, armaba dramas y comedias y se entretenía grabando e inventando los diálogos y las escenas. Todo servía. Cualquier cosa que le permitiera jugar y sentir que era una persona no tan típica. Alyssa odiaba la normalidad y a pesar del tiempo que había pasado lejos y la distancia que los había separado, ella, en el fondo, seguía siendo la misma.

—¡Alyssa! ¿Sigues ahí? ¿Ya te cayó el meteorito en la cabeza?

—Francisco se apoyó en la puerta del baño y comenzó a golpearla de forma insistente.

—Ya voy... ¡Tarado! Deja de jugar... ¿No ves que esta vez es en serio? — Alyssa salió rauda del baño y se sentó en el sillón.

Al volver a sentarse, Francisco la notó seria y sombría. Asustada. Ella tenía una particularidad, nada la asustaba, incluso en los momentos más tensos y en las situaciones más complejas, ella se reía e ironizaba con la seriedad. Así pasaba los exámenes finales en la universidad, así evitaba los conflictos y se defendía de los problemas. Así vencía el miedo y la angustia; ella ironizaba. Sin embargo, ahora estaba ahí, sombría y asustada.

—Ali... Ya basta, me estás preocupando en serio. ¿Estás consumiendo algo nuevo?

—Tú no te preocupas, —le dijo sonriente mientras se soltaba el pelo—, y no estoy consumiendo nada, ridículo.

—Y tú no te asustas, —le dijo Francisco, mientras le acariciaba el cabello suelto—, ¿qué pasa, bonita? Dime la verdad.

Alyssa se levantó molesta. —Ya te la dije, Fran. Se va a quebrar el cielo y solo ellos se van a ir. Nosotros vamos a quedar aquí, y quién sabe qué pasará después.

Francisco se levantó y se paró frente a ella. —Muy bien... Ya. Supongamos que tu historia, o bueno, la historia de Marco, es verdad y no solo una excusa estúpida para dejar de verte... ¿Quiénes se van a ir?

—Los presidentes, ejecutivos, funcionarios, artistas, millonarios, intelectuales, empresarios, religiosos... Todos los que son relevantes en este puto sistema. El resto, nosotros, los que en realidad no importamos,

nos quedamos, no hay espacio para todos. —Alyssa prendió otro tabaco, nerviosa y preocupada.

Francisco la abrazó tiernamente y le besó la frente. —¿Y a dónde se irán?

—Tienen convenios, naves, empresas de tecnología operando hace décadas. Lo saben hace mucho tiempo y se prepararon en silencio. Ahora simplemente activaron el protocolo.

Ya eran las una de la madrugada y ver a Alyssa en ese estado de estrés y euforia lo ponía nervioso. No aguantaba más las ganas de besarla, por lo que lentamente fue bajando su cara desde la frente de Alyssa hasta sus labios, e intentó darle un beso sin previo aviso. Ella, que ya había entendido la intención de Francisco, corrió la cara lentamente y le dio un beso en la mejilla.

—Vamos a dormir, estoy cansada y estresada. —Miró el piso y puso sus manos sobre su propio cuello, masajeándolo—. Ahora solo quiero dormir tranquila, saber que mañana despertaré en un lugar seguro, que será de día, desayunaremos, me ducharé y saldremos a caminar... ¿Podemos hacer eso?

—Pareciera que ya no me quieres, Ali.

Alyssa lo apartó de un empujón. —¡No digas eso! Te he dicho miles de veces que no digas eso. No lo entiendes... Esta vez no es igual, no quiero que sea igual que siempre. Esta vez no me iré, Francisco. Y como no me iré, necesito tomarme mi tiempo. Jamás he dejado de quererte, y lo sabes.

—Está bien... Vamos a dormir. —Se resignó a que esa noche volvería a dormir solo—. Yo ocuparé la pieza vieja donde escribía, ¿la recuerdas? Tú ocuparás mi pieza. Disculpa el desorden, no suelo recibir visitas. No suelo recibirte a ti muy seguido.

Alyssa lo miró con felicidad y nostalgia, se acercó y lo abrazó fuerte, sintió su aroma y acarició su pelo.

—Ya estoy aquí... Y necesito tu ayuda.

En eso, sonó el teléfono de Alyssa, que estaba guardado dentro de su cartera. Ella corrió agitada a buscarlo y lo tomó antes que Francisco pudiese siquiera preguntar algo. Era Marco.

—Marco... la puta madre. Le tengo que contestar. No puede sospechar que vine a decirte esto. —Salió apurada del departamento y contestó el teléfono en el pasillo de afuera.

Estuvo hablando unos tres minutos antes de volver a entrar. Tenía una expresión de alivio en el rostro, aunque el cansancio del día ya se expresaba en la tensión de sus hombros y brazos. Se acercó a Francisco y le dio un tímido beso en la boca, corto y sin mucho movimiento. Para él fue suficiente, había esperado cinco años por ese beso. Alyssa miró a Francisco directo a los ojos y caminó hacia el dormitorio

—Marco no me descubrió, está todo bien. Le dije que estaba en el Distrito Industrial vendiendo unos cuadros a unos empresarios y me creyó. —Se apoyó en la puerta y miró a Francisco, que estaba parado en el medio de la sala de estar, en silencio, pensando en ese beso y mirándola con expresión infantil.

—Mañana seguiremos conversando, ¿vale? Ahora necesito dormir. Extrañaba esto, te extrañaba a ti. Gracias por estar. Buenas noches, Fran. —Cerró la puerta del dormitorio y se desvaneció en la cama, con toda la ropa puesta y sin energía para nada más ese día.

Francisco, atónito aún, se fue a su antigua pieza, que estaba igual de oscura y solitaria que siempre, sin embargo, esa noche algo había cambiado, su corazón latía fuerte, su mente estaba llena de ideas y recuerdos, deseos y proyecciones, confusiones. En el fondo, sabía que Alyssa no mentía, sabía que en algún momento todo se iba ir al carajo, simplemente nunca pensó que sería de esta manera, y que el fin lo pillaría junto a ella. El destino a veces era sarcástico.

Los fantasmas del pasado se revelaban, indolentes y altivos, envidiosos de un presente del que no eran parte, como espectros sin cuerpo ni razón, no existían en la realidad y tampoco descansaban del todo, solo estaban ahí, atrapados, coléricos, presentes... Envidiosos de una vida que, creían, les pertenecía. Esos fantasmas solo estaban ahí, en su mente somnolienta, en las paredes de la piezabodega, en la mirada y los labios de Alyssa, y en sus deseos y miedos más antiguos y profundos. Pensando en eso, Francisco cayó en un sueño intranquilo y ansioso, y no pudo pensar más.